

LA ENTRONIZACION EN EL TALLER

(En la Escuela Central de Artes y Oficios.)

¡Salve fecundo y celestial Obrero!
 Perpetuo compañero
 De los dichosos que en la tierra moran,
 De los que cruzan tristes el sendero
 Y en silencio te adoran
 Cuando a tus pies esperanzados lloran.
 Tú eres, Señor, de nuestra vida el faro,
 El horizonte claro
 Que otra mañana sin ocaso augura.
 En tu benigno corazón, amparo
 Halla la desventura
 Cuando al gemir se acoge a tu ternura.
 Por Ti el calor nuestra heredad fecunda,
 Por Ti el iris circunda
 De soñador encanto las praderas
 Dejas de palpitar, y moribunda
 Desmaya en las esferas
 La claridad en que amoroso imperas.
 Tuya es la voz que vibra en la armonía,
 Tuya la melodía
 Que de la cuna en los albores canta;
 De tu mirar suspenso nace el día;
 Por Ti su voz levanta
 El aquilón que el piélago agiganta.
 De tu almo corazón a los latidos
 Responden los balidos
 De la oveja perdida en la llanura,
 Y a tus dulces reclamos doloridos
 Las aves con presura
 Responden sollozando en la espesura..

Si el trabajado espíritu al Santuario
 Que esconde tu sagrario
 A buscar va consuelos y esperanza
 Allí entonces te encuentra solitario,
 Sin ceño y sin mudanza
 A quien te llama oyendo sin tardanza.

Por eso es fuerza amarte sin medida
 Y nuestra frágil vida
 Poner bajo el auxilio de tu brazo;
 Porque quien mucho amó jamás olvida
 Y anhela en dulce abrazo
 Soñar con el amado en el regazo.

También por eso en la contienda brusca
 La humanidad te busca,
 Y encontrando muy lejos tus altares,
 Allí do el ruido mundanal no ofusca
 Te elevó entre cantares
 Un regalado trono en sus hogares.

Yo bajo el rudo techo campesino,
 Tu corazón divino
 Alzar he visto con piedad sencilla,
 La santa faz mirando hacia el camino,
 En medio de la trilla
 Que de granero sirve al avecilla.

Y tu imagen miré yo engalanada
 En la feliz morada
 Donde tranquilos duermen los cariños,
 Donde la virgen sueña enamorada,
 Y entre maternos guiños
 Jugando aprenden a rezar los niños.

Y del huérfano hogar a los umbrales,
 Los rayos vesperales
 Con amoroso afán llegar te vieron,

Y los labios sin besos maternos
 Tus mimos recibieron
 Y en el partir del pan te conocieron.

Yo contemplé tu divinal semblante
 Compasivo y amante,
 De pobre escuela en el blanqueado muro,
 De alta lección sirviendo al principiante
 Que en su infantil apuro
 Acude a Ti, de tu bondad seguro.

Y en bulliciosa procesión llevado
 Por un cortejo alado
 De inocentes y puros rapazuelos,
 Te vi ascender hasta el dosel sagrado
 Que alzaron los abuelos
 Para confiarte allí sus pequeñuelos.

Hoy tu realeza paternal adoro
 Entre el alegre coro
 Que aquí por Rey te aclama y por maestro,
 Donde del yunque al retumbar sonoro
 El escolar no diestro
 A pedirte, Señor, vendrá *el pan nuestro*.

Aquí tendrás hogar como el que un día
 En Nazaret te oía
 Sobre el inmóvil banco trabajando,
 Cuando el sudor tu Madre y Madre mía
 Iba en tu rostro blando
 Con sus divinas manos enjugando.

Aquí tendrás a tu bondad loores,
 Aquí también hay flores
 Que la piedad y la inocencia cuidan
 Con fácil mano y ojos soñadores;
 Aquí también anidan
 Infantiles amores que no olvidan.

Hasta tu trono llegará el gemido
 Del hierro sometido
 Por la industria fecunda de la mente,
 Y en sus ecos robustos confundido,
 Subirá reverente
 El filial ruego por la patria ausente.

De aquí verás partir como bandada
 Que acaba la jornada
 Y hacia el rincón nativo emprende el vuelo,
 Esta feliz generación amada
 Que en Ti vio su modelo
 Para forjar con su trabajo un cielo.

En este hogar ya tuyo, quien te guarde
 Con amoroso alarde
 Siempre hallarás, imagen peregrina.
 ¡Quédate con nosotros que es ya tarde;
 Mira que el sol declina
 Y se cubre de sombras la colina!

LUIS ENRIQUE FORERO

Bogotá, octubre de 1916.

